

tarea sin un suficiente conocimiento de las demás obras de Luis de León. Es por tanto bien comprensible que no lo haya pretendido González, quien no cita los siete volúmenes de obras latinas ni el resto de obras castellanas de fray Luis: se conforma con una buena descripción, y eso lo ha conseguido plenamente.

Como es natural, algunas interpretaciones del autor no convencerán a todos. Por ejemplo, su identificación del «nacer nosotros en Cristo» (la justificación) con las «luces de la oración» (p. 316), fenómenos estos últimos que en realidad fray Luis —y todos los grandes místicos— consideran fugaces, secundarios y no deseables. Se afirma también sin paliativos que, según Luis de León, la Encarnación era necesaria (pp. 74 y 435); tesis que habría que matizar mucho para que resultara aceptable, y que no se desprende ni mucho menos de la sentencia escotista sobre el motivo de la Encarnación: pienso que fray Luis nunca fue tan lejos en su genial visión de la primacía y centralidad teológica de la figura de Cristo. Resulta algo confuso el uso de la palabra «mística», a veces en su acepción espiritual, y a veces en su sentido hermenéutico (por eso califica abundantemente de místicos a párrafos que denotan una lectura espiritual —o metafórica— de la Escritura, pero que, experiencialmente hablando, no pasan de líricos, piadosos o afectivos). También, el advertir un «matiz ascético» (p. 231) en párrafos que describen la purificación pasiva.

Quienes ya conozcan los libros *De los nombres de Cristo* comprobarán una vez más que una prosa tan poética como la de fray Luis es difícil de resumir sin perder mucho de su capacidad de sugerecia, y sufre mal la tarea de disección aquí realizada. Los que se hayan deleitado directamente con el original se sorprenderán tal vez por las abundantes actualizaciones que el autor se permite con el lenguaje de fray Luis. Traducir es

siempre arriesgado, y aquí muchas veces innecesario. Sin embargo, siempre es mejor conocer a fray Luis «naturalizado», domesticado y traducido, que no conocerlo en absoluto. Por eso, aunque se limitara a una guía de lectura —que no es el caso— debe ser bienvenida esta nueva incursión en sus obras.

Por otro lado, resultan acertadas las conclusiones acerca del misticismo de fray Luis, doctrinal sobre todo, pero al que no puede negarse una cierta base experimental; y que es sin duda muy interesante y actual en sus intuiciones. En suma, estamos ante una obra que merece la mayor difusión entre los interesados en Espiritualidad, por cuanto puede contribuir a que muchos más se acerquen directamente a la inimitable prosa luisiana, y a la riqueza cristiana de sus contenidos.

J. L. Hervás

Francisco FERNÁNDEZ-CARBAJAL-Pedro BETETA, *Hijos de Dios. La filiación divina que vivió y predicó el Beato Josemaría Escrivá*, Madrid 1995, 240 pp., 13,5 x 21,5

Poco a poco se va enriqueciendo el acervo de estudios sobre la espiritualidad del Fundador del Opus Dei. El presente es obra de dos pastoralistas, bien experimentados en redactar libros de espiritualidad, que han conseguido con este trabajo un texto útil para fundar la piedad cristiana de todos los públicos. Francisco Fernández Carvajal tiene renombre sobre todo por sus meditaciones *Hablar con Dios*, que han disfrutado no sólo los lectores en castellano, sino otros muchos, gracias a las numerosas traducciones alcanzadas. Pedro Beteta ha elaborado varias antologías temáticas con los escritos de Juan Pablo II. Ambos poseen tanto la erudición necesaria, en lo que concierne

a la mejor tradición espiritual, como el conocimiento práctico de las almas y, finalmente, el arte de divulgar con persuasión.

Todos estos elementos confluyen positivamente en esta valiosa actualización del mensaje del Beato Josemaría Escrivá. Valiosa, sobre todo, porque nace de la práctica pastoral de los autores, puestos desde hace muchos años en contacto con cristianos que intentan vivir el ideal aquí descrito. En el contexto de los libros de devoción, el presente resulta comparable a las obras de síntesis práctica sobre la vida espiritual en autores concretos, recordando clásicos de citas como —por poner un ejemplo muy conocido— *El arte de aprovechar nuestras faltas*, con doctrina de san Francisco de Sales, o los ya realizados sobre otros aspectos de la espiritualidad del beato Josemaría. Como éstos, no se trata en el presente libro de un centón anodino, sino que añade al original el hallarse la doctrina perfectamente interiorizada, organizada y condimentada para su mejor asimilación por parte del lector actual.

Teológicamente resulta complejo de clasificar. Se trata de una monografía sobre el fundamento del ideal cristiano que a todos proponía el Fundador del Opus Dei, «un comentario a esa realidad fundamental vivida y transmitida por el beato Josemaría Escrivá: el conocimiento operativo que tuvo de su condición de hijo de Dios» (pp. 16s). Pero, a veces, va más allá, aproximándose a un estudio sistemático sobre la filiación divina en la tradición espiritual. En este último sentido no resulta, ni puede serlo, una obra cumplida, como honradamente reconocen los autores: «no se trata de un trabajo de investigación teológica sino —en muchas ocasiones— de unos comentarios a estas citas del Beato Josemaría» (*ibid.*). En efecto, no se detienen los autores en cuestiones teóricas, ni pretenden probar cada afirmación (lo cual sería imposible,

por lo inmenso del tema). Obra no ambiciosa teológicamente, que contiene buena teología. Pensemos en los escritos patristicos, que juntaban ciencia y piedad: como aquéllos, también éste sabe sugerir, persuadir, mover tanto el entendimiento como la voluntad en orden a una contemplación no sólo especulativa, sino amorosa y sapiencial.

Por otra parte, el cañamazo es riguroso. Desde el principio, el libro reconoce su deuda con un estudio del prof. F. Ocariz a partir de textos de Mons. Escrivá, que publicó en 1981 en esta misma revista. «Siguiendo el esquema y las sugerencias teológicas allí apuntadas, hemos querido tratar en este libro sobre la filiación divina y sus consecuencias en la vida del cristiano dirigiéndonos a un público más extenso, añadiendo algunos textos inéditos entonces y procurando —dentro de la dificultad que siempre entraña el hablar de un misterio de Dios— aclarar con palabras y ejemplos sencillos esas ideas de gran profundidad teológica, que hacen referencia al centro mismo del ser cristiano» (p. 8). Las obras generales utilizadas son las de la gran tradición cristiana, pero citadas con moderación. Se avanza casi siempre de la mano del beato Josemaría. Destacan, sin embargo, las frecuentes referencias al magisterio de Juan Pablo II. Cabría preguntarse si esta voluntaria limitación en las fuentes responde a una tesis no enunciada, que postule una especial sintonía entre ambos personajes, el uno reconocido precursor del Concilio Vaticano II y el otro su más consecuente aplicador. Otros podrán responder a esta pregunta. En cualquier caso, es de esperar que pronto llegue el momento de confrontar la rica enseñanza del Beato Josemaría con las aportaciones de la teología bíblica sobre la paternidad de Dios, con una teología del Padre más desarrollada (o al menos abierta a otras tradiciones teológicas), y con los reparos de algunas corrientes psico-

lógicas al sentimiento de filiación (emanipación, teología feminista...), aspectos que no ignora, por ejemplo, una obra tan general como el *Catecismo de la Iglesia Católica*, y cuyos ecos se detectan a veces en las citas de Juan Pablo II aducidas.

Un vistazo al esquema nos confirma el puesto fundamental de la filiación divina en el conjunto de la experiencia espiritual cristiana. La primera parte describe la condición cristiana bajo el título «Ser hijos de Dios», y tras unas nociones antropológicas adopta un esquema trinitario (somos hijos de Dios, en Cristo, por el Espíritu Santo), completado con las necesarias referencias mariana y eclesial. En la segunda parte se estudia el obrar consiguiente a aquel ser, recorriéndose capítulos centrales de la ascética como: la unidad de vida, la libertad cristiana, el trabajo, la oración, el apostolado, el dolor y la conversión de los hijos de Dios. En todos ellos hacen gala los autores de tino y sentido práctico. Sorprende la brusquedad del final: el libro termina sin conclusiones ni recapitulaciones. Quizá en próximas ediciones pueda coronarse mejor un esfuerzo tan fructífero.

Hay que felicitar a ediciones Palabra con el cuidado en los aspectos formales. La sustitución de la cursiva (que matiza) por la negrita (que destaca), resulta discutible. En cuanto al estilo, no es el clásico de los libros de devoción: parece algo escueto. Ello permite una notable claridad, no obstante la multiplicidad de cuestiones abordadas. Pero subsiste la dificultad intrínseca de los libros de citas para seguir bien el *iter idearum*. En este sentido, prodigar un poco más las partículas de unión al redactar, hubiera aclarado mejor la ilación de afirmaciones. En cualquier caso, sólo una ulterior profundización teológica en el mensaje del beato Josemaría permitirá establecer la hermenéutica necesaria para esa labor de síntesis. Tarea que no se emprendería si

no hubiera personas que viven ese mensaje y libros, como el presente, que lo divulgan y explicitan con eficacia.

J. L. Hervás

PASTORAL Y CATEQUESIS

Cristoph SCHÖNBORN, *Au coeur de notre foi. Le Credo*, Éditions Saint-Paul, Versailles Cedex 1995, 164 pp. 12,5 x 19

Christoph Schönborn, Secretario del Comité de redacción del *Catecismo de la Iglesia Católica* y arzobispo de Viena, publicó en 1994 un comentario a la primera parte del *Catecismo*. Después de un notable éxito de esta obra en Austria, las ediciones Saint Paul publican una traducción francesa.

Cada uno de los breves capítulos del libro; publicados separadamente a lo largo de 52 semanas en el boletín diocesano de la Iglesia de Viena, destaca e ilumina un punto importante de la fe siguiendo el orden de los artículos del Credo.

Como expresa el autor en el prólogo, su intención consiste en ofrecer una guía de lectura para el estudio personal o en grupo del *Catecismo*. La clave para una lectura comprensiva del *Catecismo* estriba, según el autor, en no perder de vista el entramado de la fe, cuyo corazón es Cristo. Cristo —recuerda el autor— debe ser por tanto el centro de la catequesis.

Dado que se trata de una exposición de carácter catequético de las verdades de fe, Schönborn apunta al fin propio de la catequesis: llevar a los hombres a la comunión con Jesucristo. A través de sus reflexiones pretende conducir al lector a una «fe más confiada y a un amor más ardiente al Corazón de Jesús» de donde, por así decir, brotan las verdades de la fe (cfr. p. 8).